

Selección RNR

MARIAM ORAZAL

*La noble
ladrona*



Romance Histórico

LA NOBLE LADRONA

Mariam Orazal

1.ª edición: enero, 2017

© 2017 by Mariam Orazal

© Ediciones B, S. A., 2017

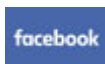
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-642-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Adolfo.
Porque siempre me has creído capaz de todo
Por tu amor inagotable y tu paciencia.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Agradecimientos
La pequeña Malone
Promoción

Capítulo uno

Londres, 2 de Mayo de 1813.

El traqueteo de aquel camino era imposible. Aunque, lo más probable, es que se estuviese viendo incrementado por el enclenque carruaje que los transportaba de vuelta a la ciudad.

Habían pasado una divertida noche en una casa de juego en las afueras, el Lukie's, donde normalmente los jueves era la noche del póker.

No es que su transporte fuera vulgar o ruinoso, pero estaba pensado para breves paseos por el terreno más firme de la ciudad y para la delicada complexión de mujeres. El espacio era exiguo, y desde luego los acabados y florituras no eran de su gusto, pero tampoco se le podía pedir más: «a caballo regalado...».

Su primera idea fue moverse en un coche de alquiler, una de esas lujosas berlinas que se habían comenzado a traer de Alemania y que eran, además de espaciosas, lujosas y seguras; pero su tía Charlotte había insistido en ofrecerle aquella noche su elegante carruaje, un *landau* muy femenino, cuando su propio vehículo había partido el eje trasero en medio del distrito comercial de Strand, en un pintoresco y frustrante espectáculo, la tarde anterior.

De modo que allí estaba, en un coqueto carruaje de señora, tirado por dos elegantes potros bayos... el ensueño de cualquier princesita.

Lucas Gordon, marqués de Riversey, miraba entretenido cómo la cabeza de su primo bamboleaba contra el costado del carruaje para volver a erguirse contra el respaldo del

asiento y caer pocos segundos después en la misma posición. En cualquier momento, el pequeño receptáculo iba a desmontarse como un castillo de naipes e iba a dejarles sentados sobre las ruedas; sin embargo, eso no afectaba en absoluto el plácido descanso de su joven acompañante que, desde hacía más de diez minutos, mantenía aquella pequeña batalla contra la gravedad, sin que eso le impidiese algún sonoro ronquido entre cada caída.

Le parecía más que asombroso que el muchacho pudiese dormir en aquellas condiciones; pero, para ser justo, tenía que reconocer que todo lo que concernía a su acompañante resultaba sorprendente y refrescante. Harold Beiling era un joven... feliz. Completa y absolutamente feliz.

Cuando su madre le había comunicado la visita de su rural pariente, había estado a punto de fingir alguna enfermedad contagiosa para evitarse el trance de tener que hacer de niñera. Pero la marquesa viuda, audaz como pocas mujeres podía haber en el mundo, había anticipado cualquiera de sus excusas y le había amenazado con unirse a la visita durante varias semanas.

Adoraba a su madre, pero prefería disfrutar de su compañía en la finca que la familia tenía en el campo en lugar de tenerla vigilando sus actividades de soltero en Londres. Sí, era preferible que ella se mantuviese en Riversey Cottage cuidando de su hermano pequeño, que acababa de terminar sus estudios en Eton.

No es que no tuviese ganas de verlos; por el contrario, estaba pensando hacer una visita esa misma semana, pues los extrañaba mucho. Pero las visitas de Lucas duraban apenas un par de días y las de su madre se prolongaban por semanas. De modo que había elegido el mal menor y

había aceptado a regañadientes la estadía de Harold en su residencia de Mayfair.

Pero, para su eterno asombro, el joven terrateniente había resultado ser una entretenida compañía. Y bien sabía Dios que le hacía falta algo de distracción en medio de la aburrida temporada londinense.

Llevaba más de diez años presenciando el lamentable comportamiento de las familias adineradas como la suya durante la «época de caza»: lores de todo el reino pavoneándose de sus posiciones en el parlamento, señoras de alcurnia luchando por ofrecer la mejor fiesta del año y consumiendo miles de libras en el empeño, padres que comercian con las dotes, madres que parecen mercenarias y una interminable gama de jovencitas, que van desde las inocentes y soporíferas hasta las sagaces cazadoras de títulos. Y en medio de todo aquel circo, un grupo de jóvenes nobles y herederos que se creen más listos que todos los anteriores y acaban cayendo en algún tipo de trampa antes o después.

Gracias a Dios por el sentido común. Él no pensaba caer en ninguna emboscada. Su privilegiado pragmatismo le había llevado, sin embargo, a sucumbir rendido al hastío propio de quien va un paso por delante. A él nadie iba a echarle el lazo al cuello, al menos por el momento. Estaba a salvo de las artimañas seductoras de las jóvenes casaderas pues su mente y su cuerpo solo respondían ante una mujer y aún no había llegado el momento de reclamarla.

De modo que se dedicaba a mariposear por aquellas fastuosas fiestas, como era su deber, y mientras tanto protegía su más preciado activo de indeseadas atenciones. Con todo y con eso... Londres le aburría. Este era el motivo por el que la visita de Harold Beiling había sido un bálsamo

contra la urticaria que le producía *la ton*. La temporada en Londres era mucho más agradable vista desde los poco experimentados ojos de su nuevo compañero de juerga.

Su querido primo, siendo como era, un joven de campo sin experiencia en las lides aristocráticas, se mostraba fascinado por todo aquel tinglado y se había declarado un amante de la ciudad desde el día primero.

A Lucas le encantaba explicarle las intrincadas reglas y mentiras de aquella panda de solapados que se creían el ombligo del mundo. No quería, de ninguna manera, que el muchacho se viese envuelto en algún escándalo fortuito o provocado, por lo que se esforzaba en darle detallada información de quién era quién en aquel juego.

Los escándalos estaban de moda en Londres, y él se había convertido en un experto en descubrirlos y evitarlos. Lo menos que podía hacer era extender su experiencia hacia su joven pupilo. Pero de lo que más disfrutaba, sin duda, era de mostrarle al muchacho los placeres de los bajos fondos.

Harold Beiling había demostrado ser un aprendiz avezado en todas las disciplinas, menos en lo que a conquistar mujeres se refería. El pobre muchacho no sabía dónde meter las manos cuando alguna descarada jovencita de las tabernas desplegara sus encantos ante él.

En todo lo demás, era formidable. Esa misma noche había dado una soberana paliza al póker a su grupo de los jueves y eso que no llevaba jugando más que dos tardes. Definitivamente, la candidez y el entusiasmo de Harold eran contagiosos y novedosos para él.

Lucas notó que el carruaje perdía velocidad gradualmente hasta detenerse con un pequeño tirón que acabó de vencer la batalla que su primo mantenía con la gravedad.

Desperezándose, el joven se incorporó sobre el asiento y se asomó por la ventana.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó mientras corría la cortina de la portezuela y asomaba la cabeza en dirección al pescante, donde estaba el cochero—. Ah, pues no. ¿Qué hacemos en medio del camino?

La respuesta llegó en forma de una voz amortiguada e indefinible desde el exterior.

—Salgan con las manos en alto y no sufrirán ningún daño. ¡Ahora!

«Esta sí que es buena».

¡Les iban a atracar! Y, para colmo de males, llevaban una buena suma de dinero que el bueno de Harold había obtenido en la partida. Lucas se dio un puñetazo mental. Tenían al menos dos mil libras en el saquito que el muchacho portaba en el bolsillo de su gabán. No es que necesitasen aquel dinero, pero maldición si no le llevaban los demonios porque aquellos ladrones fueran a hacer su agosto con ellos.

Lucas observó la cara de perplejidad de su primo y se vio obligado a sonreír cuando el muchacho demostró que la tarea de abrir la portezuela y mantener las manos en alto era una cuestión imposible. Le hizo el favor de abrir la puerta y permitirle bajar primero mientras él se aseguraba de tener bien sujeto el pequeño revolver que solía portar en el tobillo. No sería fácil de alcanzar sin levantar sospechas, pero al menos no estaba desarmado.

Bajó del carruaje dando un pequeño salto, pues la situación no estaba para pedir que les colocasen la escalerilla y se quedó mirando fijamente a sus asaltantes. Ambos parecían muy jóvenes. Eran tan bajitos que no podían tener más

de quince años, iban vestidos de negro de arriba a abajo, con gorras que cubrían sus cabezas y pañuelos que tapaban sus rostros.

Eran los típicos bandoleros, excepto porque parecían unos críos. Recorrió con la mirada a ambos y se percató de que uno de ellos, el que apuntaba a su cochero, tenía un ligero temblor en la mano. Lucas contuvo una sonrisa. Eran un par de aficionados que se habían encontrado con más de lo que esperaban. Harold y él les sacaban al menos una cabeza, y, en el momento que se acercasen lo más mínimo a ellos, iban a quedar reducidos a polvo.

Levantándose el sombrero a modo de saludo, osciló su mirada sobre el muchacho que le apuntaba con una Beretta Laramie. Le sorprendió sobremanera que un vulgar ladronzuelo pudiera permitirse un arma de importación de tanto valor, pero también podría haberla robado... Reconociendo la pericia de su atacante, continuó con su escrutinio hasta encontrarse con unos ojos marrones rodeados de unas tupidas pestañas, que le miraban abiertos de par en par.

«¡Que me aspen! La noche se pone interesante».

Capítulo dos

Llevaban más de dos horas agazapadas en medio del camino; sentadas en un par de grandes piedras, esperaban escuchar algún ruido que anunciase la llegada de sus víctimas de esta noche.

«Será la última. Por favor, que sea la última».

Lady Megan Chadwick, miraba la culata del revolver que había vuelto a coger del armero de su hermano; estaba marcada con sus iniciales, M.C.: Marcus Chadwick, y tenía sobre ella el devastador efecto de hacerla sentir muy culpable.

Su vena justiciera estaba más que convencida de lo que estaban haciendo; su compromiso por encontrar una salida a la difícil situación de Lauren era inamovible, pero eso no evitaba el leve escozor de pánico que sentía al pensar en las posibles consecuencias. La imagen de sí misma, con su precioso vestido nuevo de tafetán azul índigo, encerrada en una ruinoso celda de Bow Street no dejaba de asaltar su mente.

Estaba asustada, para qué negarlo, pero jamás se permitiría el lujo de reconocerlo ante su amiga. Megan era la intrépida, la aventurera y la organizadora de aquel equipo. Y, aunque solo fuera porque la dulce Lauren Malone la necesitaba, haría de tripas corazón el tiempo que faltaba y fingiría que lo tenía todo bajo control.

Lauren había sido su mejor amiga desde la infancia. Habían hecho toda clase de travesuras juntas —instigadas casi siempre por Megan, debía reconocerlo—, habían descu-

bierto todos los sinsabores y alegrías de la vida juntas; no había nada que no hiciera la una por la otra.

Eso quedó patente el día que Lady Haverston, su madre, se obcecó en que Megan debía comer todos los vegetales que se sirvieran en la mesa. Ella retorció la servilleta en su regazo y miraba el brócoli como si tuviese tentáculos y estuviera rebozado en baba de caracol. Lauren la observaba desde el lado contrario de la mesa, con una expresión solidaria y apenada. Cuando estaba a punto de echarse a llorar y rogar clemencia, su amiga cogió con firmeza el tenedor y lo alargó hasta su plato para capturar uno de los asquerosos brotes, lo pinchó, lo llevó hasta su boca y, cerrando con fuerza los ojos, lo tragó con decisión sin pararse a masticarlo.

Lauren no tenía por qué comerlos, su madre solo utilizaba sus inflexibles normas de comportamiento contra ella, pero había visto el dilema en los ojos de Megan y había dado el primer paso para que le resultase más fácil comerse su orgullo y obedecer. ¿Cómo no iba a adorarla? Aquel día le juró lealtad eterna. Y, ahora, justo en uno de los peores momentos de su vida, no iba a dejar que su mundo se viniera abajo, si ella podía evitarlo.

La situación era complicada. Tras la muerte de su madre, dos años atrás, las finas cadenas que retenían las adicciones de su padre habían quedado liberadas y el insensato vizconde había ido dejando tras de sí una serie de deudas, las cuales habían terminado con un par de jugadores profesionales dispuestos a quitarle el pellejo.

La joven daba gracias a Dios de que la propiedad donde su amiga residía estuviese asociada al título de su padre, porque si no, a estas alturas, la pobre ya estaría viviendo en la indigencia.

En un primer momento, Megan se vio impotente ante la situación y se limitó a dar consuelo a su amiga. La invitaba casi a diario a tomar el té y se esforzaba por mantener siempre un ojo sobre ella para que no le faltara de nada. Le había regalado vestidos que fingía que le quedaban cortos, y la había llevado con ella a cada fiesta a la que era invitada. Pero, al margen de estas bienintencionadas «ayudas», no había nada que pudiera hacer para solucionar su descenso a la ruina económica.

Jamás se le hubiera ocurrido que podría tomar cartas en el asunto hasta que Lauren le contó, entre sollozos, cómo esos hombres la habían manoseado y amenazado la última vez que irrumpieron en su casa; toda la inventiva y coraje necesarios se fueron construyendo en su interior hasta encontrar una salida. Conseguirían el dinero por el que la estaban extorsionando. Dos mil libras nada menos.

Megan pudo retirar algunos fondos por los que no tenía que dar explicaciones y Lauren pudo conseguir también un buen adelanto de la asignación que sus abuelos maternos le destinaban cada año. Pero, aun así, seguían precisando otras mil quinientas libras. Ella hubiera recurrido a su hermano para solucionarlo, pero Lauren se negó. Abrumada como estaba por la vergüenza, no quería que nadie más estuviese al tanto de los ignominiosos vicios de su padre, aunque Megan sospechaba que la situación de Lord Holbrook era bien conocida en los corrillos de la alta sociedad.

De modo que allí estaban. En algún momento de su desesperada y demente búsqueda de una solución, habían ideado aquel descabellado plan de atracar los carruajes que volviesen de Guildford y robar las joyas de las incautas damas de la alta sociedad que pasaran por allí.